

Cheques en lugar de divisas

JOAQUIN RABAGO

HACE sólo unas semanas, parecía que las dos Alemanias estaban en la mejor de las disposiciones para iniciar juntas un camino que bien pudiera conducir, en un plazo más o menos breve, a una especie de comunidad económica, piedra angular de una ulterior reunificación política. Tal suposición tenía sobre todo como base ciertas declaraciones del presidente del grupo parlamentario del SPD y viajero impenitente por el Este, Herbert Wehner (1).

Muy pronto, sin embargo, los sectores más conservadores, tanto dentro como fuera de la RFA, darían la señal de alarma. La propuesta del viejo Wehner equivalía a una eventual "finlandización" de Alemania, y esto era algo inaceptable para Occidente. Tampoco Polonia, en el Este, iba a ver con agrado ese proyecto de acercamiento entre Bonn y Pankow, propiciado tal vez por Moscú: el recuerdo de otro pacto germano-soviético era allí todavía demasiado intenso.

Las rectificaciones llegarían incluso del propio Partido Socialdemócrata. Se había exagerado el alcance de las palabras de Wehner; se le había interpretado mal. La reunificación de Alemania dependía en cualquier caso de la superación de los dos bloques, y ésta era una posibilidad que nadie, por el momento, alcanzaba a vislumbrar.

La aparente luna de miel entre ambos Estados alemanes quedaba frustrada aun antes de iniciarse. Y al súbito enfriamiento de los entusiasmos iban a contribuir inesperadamente unas desgraciadas medidas dictadas por el Gobierno de Honecker contra los corresponsales occidentales en Berlín Este. Las medi-

das querían ser la respuesta de Pankow a unos reportajes emitidos por dos cadenas de televisión de la RFA y que las autoridades germano-orientales habían considerado particularmente ofensivos y hasta "subversivos", pues no en vano habían podido verlos también, en sus pequeñas pantallas, millones de ciudadanos de la RDA.

En esos reportajes tipo encuesta, realizados en las calles de Berlín Este, podía verse y escucharse a ciudadanos germano-orientales protestar contra un reciente decreto del Gobierno por el que se prohibía, a partir del 16 de abril, comprar en los "intershops" directamente con divisas occidentales.

Los "intershops", similares a los "Pewex" polacos, son una cadena de tiendas de propiedad estatal en las que se ofrece una gran variedad de bienes de consumo importados a quienes pueden pagar en divisas. Naturalmente,

para los ciudadanos de la RDA, que, en su gran mayoría, tienen familiares o amigos al otro lado de la frontera, que los visitan con frecuencia, obtener marcos occidentales apenas representa ningún problema. Por esa vía indirecta ingresan, además, regularmente en las arcas del Estado importantes cantidades de divisas, que pueden luego emplearse para la satisfacción de la deuda exterior del país.

Parece, sin embargo, que el sistema no gustaba demasiado a los soviéticos. Y que el propio Brejnev había mostrado a Honecker su inquietud no sólo por la corrupción y el relajamiento de costumbres que el mismo podía traer consigo, sino por las desviaciones ideológicas que acabaría produciendo ese "socialismo de consumo".

Al margen de las reales o supuestas presiones de Moscú, hay también otras razones que pueden haber induci-

do finalmente a las autoridades de Pankow a dar un paso tan impopular como el de sustituir el actual sistema de pago directo en divisas por otro de bonos o cheques personales, que deben adquirirse previamente en el Banco a cambio también de dinero occidental. Así, por ejemplo, el deseo de limitar —ya que no eliminar— un floreciente mercado negro en el que los dólares o los marcos occidentales alcanzan cotizaciones cuatro y cinco veces superiores a las fijadas oficialmente. O el propósito de moderar los abusos de muchos trabajadores autónomos que se niegan a realizar cualquier tipo de chapuza si no se les paga en "moneda fuerte".

Sea como fuere, lo cierto es que al día siguiente de conocerse el Decreto se formaron, ante los "intershops", largas colas de ciudadanos dispuestos a adquirir inmediatamente cualquier mercancía occidental con las divisas en su



En adelante, los ciudadanos de la RDA podrán comprar con bonos los artículos de consumo occidentales que se venden en la cadena de "intershops". (En la foto: Alexanderplatz, en Berlín Este.)

(1) Ver "Una reunificación difícil", por J. R., en TRIUNFO, número 843.



En el SED (Partido Socialista Unificado) parecen existir tensiones entre los partidarios de una liberalización y quienes, siguiendo a Moscú, propugnan un endurecimiento del régimen. (En la foto, Honecker, izquierda, con el soviético Suslov.)

poder antes que canjearlas por cheques en los Bancos oficiales para poder luego comprar en esas tiendas especiales. Ese fue el momento aprovechado por los corresponsales de la televisión para realizar su encuesta entre los indignados ciudadanos.

La respuesta inmediata de Pankow consistió en limitar drásticamente la libertad de movimiento de los periodistas occidentales. Decisión que, por violar el espíritu del acuerdo interalemán de 1972 sobre el derecho a la libre información, provocaría a su vez una airada reacción en la RFA. El ministro de Economía de Bonn canceló su proyectada visita al pabellón de la RDA en la Feria de Comercio de Hannover, al tiempo que se abandonaban, por el momento, los planes para una entrevista entre Erich Honecker y el canciller Schmidt. La RDA decidía también aplazar la reanudación de las conversaciones interalemanas sobre asistencia jurídica y extradición entre ambos Estados.

La prensa de la RFA trata, mientras tanto, de relacionar el gesto hostil de Pankow con ciertas dificultades internas que parece atravesar la RDA —creciente descontento entre sus ciudadanos, acosados por la continua sollicitación al consumo que les llega desde Occidente y que engendra también constantes frustraciones—, dificultades que se traducen en tensiones dentro del propio Partido Socialista Unificado entre los partidarios de una mayor liberali-

zación —incluido tal vez el propio Honecker— y quienes propugnan un endurecimiento del régimen.

Se dice, por ejemplo, que la RDA trata de limitar ese foco de contagio que representa la continua afluencia de visitantes germano-occidentales y que proyecta elevar considerablemente la cantidad diaria de divisas que cada turista debe cambiar obligatoriamente en el país.

En su último número, el semanario "Der Spiegel" se refería asimismo al continuo hostigamiento de que está siendo objeto, por parte de las autoridades, el crítico del régimen, afín a la línea eurocomunista, Robert Havemann, que lleva ya dos años en situación de arresto domiciliario y que se niega por principio a abandonar la RDA (2).

Las relaciones entre las dos Alemanias están, pues —como vemos— erizadas de mutuos recelos. Y el proyecto, acariciado por el viejo Herbert Wehner, de una reunificación sancionada por Washington y Moscú no dejará de pertenecer, por mucho tiempo todavía, al terreno de las utopías. ■

(2) Científico de profesión. La publicación de "Dialéctica sin dogma" motivó su expulsión del cuerpo académico de Berlín Este. Recientemente ha visto la luz su libro "Un comunista alemán. Recuerdos y perspectivas del aislamiento". Si Havemann ha tenido, dentro de lo que cabe, más suerte que Rudolf Bahro, el autor de "La alternativa", que purga en la cárcel una pena de ocho años, es debido a su antigua amistad con el propio Honecker y a las presiones de la comunidad científica.

VISPERAS INGLESAS

El día 4, viernes, el Reino Unido de la Gran Bretaña tendrá instalado un nuevo Gobierno. Los últimos pronósticos científicos —encuestas pasadas por ordenadores— siguen, como en el momento mismo en que se produjo la crisis, indicando que ese Gobierno será conservador, con una votación suficiente como para contar con mayoría absoluta en el Parlamento, sin siquiera necesidad de apoyo de los liberales ni de ningún otro grupo pequeño. Recordemos, a título de información, que el monstruo del error se ha ensañado particularmente con los pronósticos en varias elecciones británicas, y que en estos momentos registran un 22 por 100 de indecisos que podrían variar el resultado. Los laboristas confían en todo ello. Confían también en que a lo largo de la campaña, que ha sido ruda, el conservadurismo a la antigua usanza de mistress Thatcher ha ido perdiendo puntos y ha tendido excesivamente a asustar a la opinión pública. Son sus últimas esperanzas.

En manos de mistress Thatcher o en las de mister Callaghan, el nuevo Gobierno se encontrará con problemas que vienen siendo insolubles desde hace tiempo. Será un Gobierno de "apretarse el cinturón", en una sociedad poco decidida a hacerlo. En tiempos no muy lejanos, hasta la inmediata posguerra, los británicos eran un pueblo considerado como ejemplar, en el sentido de que cualquier restricción o cualquier sacrificio solicitado desde el poder tenía inmediatamente una respuesta positiva. En los últimos años, el poder ha perdido esa virtualidad. La confianza en los poderes por parte de los pueblos se ha ido perdiendo, como consecuencia de una serie de distorsiones de la voluntad general. La democracia es menos creíble hoy que antes.

Tanto mistress Thatcher como mister Callaghan insisten en la necesidad de los sacrificios. La conservadora ofrece, a cambio de más impuestos y menos ayuda a las grandes industrias, más Fuerzas Armadas y mejor armamento para ocupar una posición de fuerza en el mundo, y más Policía para contener los desórdenes interiores. Mister Callaghan pretende que a cambio de menos beneficios industriales y más contención en los salarios de los obreros se puede llegar a un equilibrio económico. Mistress Thatcher ofrece a la industria, a cambio de la suspensión de ayuda, devolverle el uso de sectores públicos que han sido nacionalizados. Los críticos de los dos programas consideran que ninguno de los dos ofrecen garantías para resolver los problemas esenciales que se van produciendo en el país: las quiebras, que van desde las grandes empresas a las medianas y al comercio, y el paro obrero, que afecta ya a 1.310.000 obreros, que suponen el 5,5 por 100 de la población activa del país.

Sea cual sea el valor de los pronósticos hechos en este momento sobre el resultado de los comicios, en lo que coinciden todos es en augurar unos años venideros muy difíciles para Gran Bretaña, que no se verá libre de los disturbios sociales. Los británicos van a las urnas llevados por una moral derrotista de "mal menor". Tendrán que elegir entre la represión que ofrecen los conservadores y el sacrificio voluntario que piden los laboristas. Los indicios más valiosos dicen que se inclinarán por la primera opción; pero no habrá que sorprenderse demasiado si, al final, ganan los laboristas. Aunque en este caso difícilmente tendrán mayoría absoluta y se enfrentarán con un nuevo Gobierno en precario, dependiente de otras colaboraciones. ■